

Pedro Mañas

David Sierra Listón

Mágicos misterios de

MARCUS POCUS

El fantasma bromista



DESTINO

Pedro Mañas

David Sierra Listón

Mágicos misterios de

MARCUS POCUS

El fantasma bromista



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2025
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Pedro Mañas, 2025
© de las ilustraciones, David Sierra Listón, 2025
Diseño y maquetación: Endoradisseny
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2025
ISBN: 978-84-08-30116-5
Depósito legal: B. 5.190-2025
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque
sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar
este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la
web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



No creas que Sherlock Holmes iba a investigar sus misterios a patita. Qué va. El famoso detective solía viajar en un elegante carro tirado por caballos. Él y el doctor Watson traqueteaban por las calles empedradas de Londres, rumbo a la aventura.

La mía comenzó más o menos igual. Solo que el que tiraba del vehículo... era yo.

Mi bici avanzaba penosamente por la carretera con Anna y Bubu a cuestas. Dudo que Watson pesase tanto como los dos juntos. Y eso sin contar a nuestras mascotas mágicas.

En fin, que no íbamos demasiado cómodos. Sobre todo, cuesta arriba.

Yo pedaleaba de pie, jadeando y agarrado con fuerza al manillar. Aunque no tanta como la que usaba Anna para abrazarse a mi cintura. Apenas me dejaba respirar. Y eso que ella iba cómodamente sentada sobre el sillín.

—No tan cómoda —gruñó mi amiga—. ¡Me estoy haciendo polvo el brujitrasero!

A su espalda marchaba Bubu, el pequeño elfo al que conocimos hace tiempo en Suncity. Y, espachurrado entre los dos, el pobre Cosmo.

Pobre pero quejica. Al gato de Anna le gusta protestar tanto como a su dueña.

—¿Podrías respirar más bajito? —repetía—. ¡No hay quien duerma con este jaleo!

No era cierto, pues entre los rizos de Bubu ya estaba roncando Mostachín. Así se llama su hámster. Es tan perezoso que podría quedarse frito sobre un unicornio desbocado.

—Yo odio dormir —graznó mi cuervo desde el guardabarros—. Aunque no tanto como estar despierto.

Si podíamos entender a los animales era porque ya no estábamos en la ciudad. Habíamos regresado de nuevo al mundo mágico. Aunque no precisamente de vacaciones.

Bingo. Se trataba de un nuevo encargo de Mr. Munchin.

El abuelo de Bubu dirige una tienda de magia a domicilio en Suncity. Al fondo de su local oculta un gran armario que nos permite teletransportarnos fácilmente.

Lo difícil fue meter dentro mi bici, claro.



Por suerte, esta vez no íbamos solo a repartir un paquete. También estábamos a punto de enfrentarnos... a un nuevo misterio. Aunque entonces aún no teníamos ni idea.

—Ay —gimió Anna después de un bache—. Esta carretera no se acaba nunca. ¿Por qué no nos hemos aparecido más cerca de la casa del cliente?

—Huy, imposible —contestó Bubu—. El barrio de Colinas Doradas está muy bien protegido. Solo se puede acceder por la entrada principal.

Mi amigo se refería al enorme portón por el que habíamos salido del armario. Allí nos habían recibido dos guardias uniformados que custodiaban la carretera.

Se notaba que también eran brujos porque, en vez de porras, llevaban varitas.

—Podéis pasar —dijo uno, tras comprobar que éramos repartidores autorizados—. Pero no arméis follón. Recordad que os encontráis en la urbanización más exclusiva del mundo mágico.

Más que una urbanización, Colinas Doradas tenía pinta de bosque. El camino que recorriamos estaba rodeado de



frondosos árboles. Entre sus copas se alzaban montañas tan redondas y perfectas que parecían dibujadas. Sobre ellas se alzaban las lujosas mansiones de los vecinos.

—Lujosas y raras —puntualizó Anna.

Lo raro es que no se parecían entre sí. Unas eran como castillos medievales. Otras semejaban iglús gigantes.

Algunas tenían forma de torre de cristal. Todas debían de ser carísimas.

—Pues las odio —comentó Mr. Rayo—. Y a los ricachones de sus dueños también.

—Tranquilo —sonreí, aprovechando una cuesta abajo—. Ni siquiera tendrás que conocerlos. Haremos el reparto y volveremos enseguida a... ¡aaaaah!

Mi bici acababa de derrapar inesperadamente sobre el asfalto. Sorprendido, perdí el control del manillar. Entonces apreté los frenos, el vehículo se tambaleó y...

Y bingo, salimos todos volando. Pero sin conjuro *Levantaculos Cósmico* ni nada.

Lástima que solo fuera por un segundo. Enseguida caímos despatarrados sobre la carretera.

—¡Ay, ay, mis bigotes! —sollozó Mostachín, despertando del batacazo.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Bubu, confundido—. ¿Por qué se ha enfadado tu *bicitecla*?

—Se dice bicicleta —repliqué, frotándome las magulladuras—. ¡Pero no tengo ni idea!

—Pues yo sí —replicó Cosmo.

¿Qué había causado el accidente?



Con su aguda vista, Cosmo acababa de descubrir unas pequeñas tachuelas en la carretera. Los clavos habían pinchado la rueda delantera de la bici.

—¿Quién habrá sido el brujicanalla que ha puesto eso ahí? —preguntó Anna.

—¡Querrás decir los brujicanallas! —canturreó alguien oculto entre los árboles.

Supe quién era antes de verlo, pues estaba harto de oír su voz.

Pertenecía a Truco, una de las dos personas más sinvergüenzas que conozco. ¡Y detrás de él apareció la otra, claro! Me refiero a su hermana Trato. Los mellizos llevaban consigo un paquete.

Además de sinvergüenzas, ambos son repartidores de la gran empresa Magic Exprés.

Esta vez ni siquiera me molesté en preguntarles qué hacían allí.

—¡Me habéis pinchado la bici! —grité, furioso.

—Y vosotros habéis pisado nuestras tachuelas saltarinas —sonrió Truco—. Estamos en paz.

Se me quedó tal cara de tonto que no supe qué decir.